



Si los Padres Leen los Niños Leen

SE ACABA DE INAUGURAR en la Galería Drugstore, en Providencia 2124, la Tercera Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil; una empresa digna de resaltar o importante para el desarrollo cultural del país. En medio de ese panorama de letras, los que asisten se ven sumergidos en sueños y fantasías, y en la entretenida realidad de los libros. De ellos ha querido conversar "Artes y Letras" con Jacqueline Balcells, una de las escritoras de libros infantiles más fecundas del momento.

—¿Cuáles son, a su juicio, los clásicos que un niño debe leer?

—Antes que ninguno, los primeros cuentos de nuestra literatura: los viajes de Ulises en la Odissea, y Las Mil y una Noches, con las aventuras de Simbad el Marino y otras. En ellos se inaugura el tema madre del viaje a tierras extrañas; el tema de las maravillas y los horrores que el mar guarda a los hombres. Luego vienen los clásicos; los libros que en cada época han vuelto a tomar este tema de los mundos ultramarinos y, bajo mil formas distintas, lo han vuelto nuevo. La lista sería inmensa. Pero quizás para este género una buena selección de lo clásico es la que uno tiene a flor de labios: Robinson Crusoe, de Defoe; Los Viajes de Gulliver, de Swift; La Isla del Tesoro, de Stevenson; Las Veinte Mil Leguas de Viaje Submarino, de Verne; Las Aventuras de Arthur Gordon Pym, de Poe; el Sandokan, de Salgari; Tom Sawyer, de Twain... Creo que en los libros de Kipling, Kim y El Libro de las Tierras Virgenes, y en el Alicia en el País de las Maravillas, de Carroll, aunque el viaje esté implícito, también se puede reconocer la paternidad de Ulises.

—¿Qué aspecto resaltaría usted en la literatura de hoy para niños, en el campo internacional y nacional?

—Resaltaría, ante todo, su auge insólito. A tal punto ha cundido que estoy segura que ya nadie puede definir sus límites: si se le quita su jerga técnica, ¿no es la ciencia ficción pura literatura maravillosa? Y no lo es también el género "Harold Robbins" si se le quita su jerga económico-sexual? El mundo entero de las letras se ha colmado de intervenciones sobrenaturales! Resaltaría, por otra parte, que este auge de la literatura infantil no sólo es un aumento en la cantidad, sino también un progreso en la calidad de las obras: escritores famosos por sus libros serios, "para grandes", no han vacilado en abordar el género. Así, por ejemplo, Alberto Moravia, Italo Calvino, Marcel Aymé, Gabriel García Márquez, etc. C.S. Lewis, de quien tengo en mi biblioteca un muy erudito y complejo estudio sobre el amor en la tradición medieval, es el mismo Lewis que en sus Crónicas de Narnia deleita a ignorantes y cultos, a grandes y chicos.

Además, resaltaría hoy en Chile la fecunda reunión de dos generaciones de escritores de literatura para niños. Entre los de la primera, poseedores de un gran oficio, destacaría a Alicia Morel, a Malté Allamand, a Virginia Cruzat; entre los de la segunda, que se distinguen más bien por la variedad de su fantasía, destacaría a la ya mencionada Ana María Gúraldes, a Sadi Scholnick, María Elena Aguirre, Cecilia Beuchat, María Eugenia Coymans, y al todavía poco conocido en Chile, Víctor Carvajal.

—¿Cuáles son los libros que usted considera que pueden ser releídos en la edad madura?

—Se supone que las características de las obras para niños: la trama simple, lineal; la moral blanquiegra; las intervenciones maravillosas, etcétera, resultan latosas para los lectores maduros, porque su experiencia les ha hecho saber que las vidas casi nunca tienen trama, que el mundo moral es más bien grisáceo y que los días y las noches pasan carentes de toda maravilla. O sea, se supone que los lectores maduros se aburren con esta literatura, porque ya no se identifican con sus héroes. Yo invitaría a los que creen esto a releer justamente aquellas obras que una pereza inmemorial ha ido descartado (mutiladas y amortiguadas) en los hombros de los niños: releer la Ilíada y la Odissea, releer los trabajos de Hércules, el Periplo de Jasón y los Argonautas; releer los relatos del Rey Arturo y la búsqueda del Grial; releer el Quijote, a ver si les parece tan loco, a ver si él es el único que toma palurdas por reinas, molinos de viento por gigantes... Los invitaría a releer las Mil y una Noches (en la insuperable traducción de R. Cansino Assens) y a leer un clásico de hadas chino, como el Mono Peregrino de Wu Tcheng-en... Estoy segura que más de un lector de edad madura al hacerlo hallará que se entretiene.

—¿Leen los niños más o menos que antes?

—Tal como sucede con la poesía, que mientras menos gente hay que la lee, nacen y publican más poetas, así también sucede con la literatura para niños. A pesar del auge editorial de obras para ellos, los niños leen hoy menos que antes. ¿Por qué? Porque ese auge editorial se debe a la aguda mala conciencia de los mayores y no al natural impulso de compartir un placer. Los niños no leen porque los mayores no leen. Y nada se sacará con multiplicar los libros para ellos en ediciones cada vez más fabulosas si a los ojos infantiles estos libros son igual que los juguetes, algo que uno abandona cuando crece, algo que tarde o temprano es reemplazado por cosas de verdad, algo que no se encuentra casi en manos de un grande. Creo que el primer atractivo de la televisión para los niños no es la facilidad de la imagen o algo semejante, sino el hecho capital de que al sentarse a mirarla son iguales en todo a los mayores que están a su lado, mudos, mirándola; iguales a su papá y mamá: la televisión los hace iguales, los libros (los de colegio y los de cuentos) los disminuyen y los disocian. ¡Así de grave me parece que es la situación! Creo, por otra parte, que esto tiende ya a cambiar, que poco a poco comienza la gente a darse cuenta que se está quedando muda y que, tal como ayer, la única puerta abierta al mundo compartido de la palabra, la única puerta de salida de la violencia que es muda, puerta ésta para grandes y chicos por igual, es el libro.

Jacqueline Balcells

de las obras para niños: la trama simple, lineal; la moral blanquiegra; las intervenciones maravillosas, etcétera, resultan latosas para los lectores maduros, porque su experiencia les ha hecho saber que las vidas casi nunca tienen trama, que el mundo moral es más bien grisáceo y que los días y las noches pasan carentes de toda maravilla. O sea, se supone que los lectores maduros se aburren con esta literatura, porque ya no se identifican con sus héroes. Yo invitaría a los que creen esto a releer justamente aquellas obras que una pereza inmemorial ha ido descartado (mutiladas y amortiguadas) en los hombros de los niños: releer la Ilíada y la Odissea, releer los trabajos de Hércules, el Periplo de Jasón y los Argonautas; releer los relatos del Rey Arturo y la búsqueda del Grial; releer el Quijote, a ver si les parece tan loco, a ver si él es el único que toma palurdas por reinas, molinos de viento por gigantes... Los invitaría a releer las Mil y una Noches (en la insuperable traducción de R. Cansino Assens) y a leer un clásico de hadas chino, como el Mono Peregrino de Wu Tcheng-en... Estoy segura que más de un lector de edad madura al hacerlo hallará que se entretiene.

—¿Leen los niños más o menos que antes?

—Tal como sucede con la poesía, que mientras menos gente hay que la lee, nacen y publican más poetas, así también sucede con la literatura para niños. A pesar del auge editorial de obras para ellos, los niños leen hoy menos que antes. ¿Por qué? Porque ese auge editorial se debe a la aguda mala conciencia de los mayores y no al natural impulso de compartir un placer. Los niños no leen porque los mayores no leen. Y nada se sacará con multiplicar los libros para ellos en ediciones cada vez más fabulosas si a los ojos infantiles estos libros son igual que los juguetes, algo que uno abandona cuando crece, algo que tarde o temprano es reemplazado por cosas de verdad, algo que no se encuentra casi en manos de un grande. Creo que el primer atractivo de la televisión para los niños no es la facilidad de la imagen o algo semejante, sino el hecho capital de que al sentarse a mirarla son iguales en todo a los mayores que están a su lado, mudos, mirándola; iguales a su papá y mamá: la televisión los hace iguales, los libros (los de colegio y los de cuentos) los disminuyen y los disocian. ¡Así de grave me parece que es la situación! Creo, por otra parte, que esto tiende ya a cambiar, que poco a poco comienza la gente a darse cuenta que se está quedando muda y que, tal como ayer, la única puerta abierta al mundo compartido de la palabra, la única puerta de salida de la violencia que es muda, puerta ésta para grandes y chicos por igual, es el libro.

Jacqueline Balcells

Si los padres leen los niños leen [artículo].

Libros y documentos

AUTORÍA

Balcells, Jacqueline, 1944-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Si los padres leen los niños leen [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)